

TENSIÓN EN EL ESPACIO PÚBLICO: UNA APROXIMACIÓN CRÍTICA A LOS MOTIVOS DE LAS EXCLUSIONES MÚLTIPLES HACIA LOS HABITANTES DE CALLE EN LA CIUDAD DE MEDELLÍN*

JUAN PABLO VILLA RODRÍGUEZ**
KATERINE SIERRA CARMONA***

RESUMEN

Este artículo pretende adentrarse en algunas de las posibles consecuencias que trae aparejada la implementación de políticas de corte neoliberal en el espacio público, específicamente, en la ciudad de Medellín. El escrito se centra en la caracterización de la noción de ‘ciudad neoliberal’, para posteriormente profundizar en las formas que asume la espacialidad neoliberal en dicha ciudad desde el caso de los habitantes de la calle, es decir, personas y familias que hacen de la calle su lugar de vivienda. Para desarrollar lo pretendido, el artículo versará en las formas por las cuales esta población se ve expulsada del espacio público por acciones indirectas y directas por parte de la administración pública de la ciudad. Este accionar permitirá observar la situación que atraviesan ciertos grupos sociales en una ciudad cada vez más excluyente.

PALABRAS CLAVE

Neoliberalismo, espacio público, habitantes de calle, exclusiones múltiples.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Rodríguez, J. y Sierra, K. (2019). Tensión en el espacio público: una aproximación crítica a los motivos de las exclusiones múltiples hacia los habitantes de calle en la ciudad de Medellín. *Revista de Estudiantes de Ciencia Política*, 15-16, 54-62.

* Este artículo surge como producto de escritura del curso de Composición española 2019-II de la Universidad de Antioquia.

** Estudiante de séptimo semestre del pregrado en Ciencia Política de la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad de Antioquia.

*** Estudiante de cuarto semestre del pregrado en Ciencia Política de la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad de Antioquia.

INTRODUCCIÓN

El presente escrito teórico pretende dar cuenta de los principales elementos que constituyen las razones por las cuales los habitantes de calle en la ciudad de Medellín son excluidos. El neoliberalismo y su influencia en el espacio público determinan la estructura socio-espacial de las ciudades y, por tanto, agravan las desigualdades al apartar al individuo de las decisiones respecto de las configuraciones urbanas del espacio. Dado lo anterior, se considera pertinente —y necesario— un análisis de la implicación de las políticas neoliberales en una ciudad que se describe (para el exterior) como un lugar comprometido con la sociedad civil participativa para una “integración urbana” contra la violencia y las inequidades (Malandrino, 2017).

CONTEXTO Y COYUNTURA

Para Michael Janoschka y Jorge Sequera (2012), el espacio público es uno de los ámbitos sociales donde se pueden observar los procesos de creación de identidad comunitaria, de solidaridad, los rituales y la memoria colectiva, pero también “es un ámbito donde se legitima el poder y la dominación, así como la resistencia y la lucha contra ese poder” (p. 99).

De ahí que el espacio público sea un concepto fundamental para entender el lugar del sujeto en esta relación que, no en todas las ocasiones, permite la creación de un proceso identitario propio arraigado y fomentado por el lugar de permanencia o vivienda. De este modo, el uso que se le da al espacio público nos ayuda a visibilizar y entender cómo las relaciones económicas, políticas y sociales se construyen en torno a los distintos sujetos que conforman la sociedad. Cada uno de los ciudadanos de un lugar cumplen un rol en específico, que es determinado por grupos sociales estructurales que a su vez moldean los espacios.

Ahora bien, en torno al papel que juega la economía en la configuración socio-espacial, es clave entender que las ciudades de corte neoliberal apuntan a la renovación urbana, la innovación y el emprendimiento, en razón de que este sistema económico ve en el espacio de la ciudad una oportunidad para la generación de riqueza. Respecto a ello, Gelacio, Martínez y Wolf (2019) explican la implicación de la economía en el urbanismo de la siguiente forma:

El suelo urbanizado fue sometido a un proceso técnico de viabilidad económica, en el cual nunca interviene la politicidad de la subjetividad del morador que lo habita, la “vida habitada en el suelo” no es criterio

para determinar dichas intervenciones, en ese sentido, todo territorio que sea apto para ser urbanizado pasa por encima de los grupos humanos que construyeron el territorio bajo ficciones de legitimación como los sistemas de transporte, modificaciones al espacio público e implementación de grandes proyectos de infraestructura, de hecho, dicha legitimidad social en muchas ocasiones tiene un éxito inmediato que no deja de provocar confusiones a la hora de establecer críticas al urbanismo neoliberal (p. 528).

Esto implica que, aunque el espacio en sí como concepto sea un lugar para la construcción y afianzamiento de las identidades, el neoliberalismo se interpone en la politización de los sujetos y los elimina, “en ese ocultamiento deliberado se pone en funcionamiento un extenso ejercicio de poder, que descalifica la existencia de ciertos sujetos, los despolitiza en tanto los desarraiga y los arranca del espacio subjetivo” (Gelacio, Martínez, y Wolf, 2019, p. 524), lo que conlleva a que cualquier discurso que se presente en contra de esta tendencia neoliberal genere tensiones que Gelacio, Martínez y Wolf (2019) definen como “disincronías urbanas”.

Por ello, las poblaciones vulnerables y ajenas a los procesos de privatización y mercantilización son excluidas de los espacios públicos de las ciudades. Las lógicas mercantiles del espacio funcionan como un gran mercado donde aquellos que tienen grandes capitales de inversión pueden decidir el futuro de las áreas urbanas, sin tener en consideración a aquellos que están en desventaja por su situación o posición económica.

En relación a lo anterior, para Monreal (2016), las políticas urbanas en la actualidad se concentran en el sentido del gusto de las clases medias y medio-altas, con lo que se reconfigura el área urbana para transformarse en un espacio público comercial, lo que implica una estética que puede no concordar con las necesidades de los habitantes reales de los espacios. La autora, expone las consecuencias de ello de esta forma:

La proliferación de una estética aséptica no necesariamente satisface a los habitantes de esos espacios, sino más bien al turista (suburbano) que los visita para entretenerse en su tiempo libre, siendo frecuente el establecimiento de estrategias y condiciones que subordinan la vida urbana exclusivamente al uso comercial, lúdico y estético. Este giro contradice toda idea de participación y apropiación de lugares por los propios habitantes. (p. 519)

Respecto a lo anterior, las poblaciones más vulnerables (por su condición económica y social) ven su identidad comunitaria en riesgo, lo cual desencadena acciones de protesta que desde la lógica neoliberal podrían entenderse como vandalismo. De esta manera, las poblaciones de barrios con bajos ingresos, comunidades étnicas y habitantes de calle —de distintas ciudades en el mundo— se ven amenazados por unas políticas públicas que en busca del lucro económico acaban por homogeneizar y desarraigar las ciudadanías múltiples que se pueden encontrar en una misma área, ergo, despojan a los individuos del reconocimiento de sí, lo que lo invisibiliza como ser y sujeto de derechos.

ESPACIO PÚBLICO EN MEDELLÍN: EL LUGAR DE LAS EXCLUSIONES MÚLTIPLES HACIA LOS HABITANTES DE CALLE

En el año 2013 Medellín ganó el premio a la ciudad más innovadora del mundo, venciendo a ciudades como Tel Aviv o Nueva York. De allí surgieron muchos comentarios frente al hálito esperanzador que la ciudad poseía por haber pasado de ser uno de los lugares más peligrosos del mundo en la década de los 90 a un sitio con renovación e integración social en menos de 30 años.

Para Malandrino (2017), el urbanismo de Medellín es muestra de un compromiso que parte de un modelo participativo de integración urbana contra la violencia y las inequidades. El autor afirma que las renovaciones sociales se acoplaron con el sentimiento de la propiedad cívica de la comunidad local y han contribuido a mejorar las condiciones de vida de las personas de la ciudad.

No obstante, Montoya (2014) plantea un panorama más desalentador, porque afirma que las construcciones de la ciudad no están hechas para los habitantes de ella sino para las personas del exterior, con lo que la gente no encuentra esa identificación política ni se siente más incluida en el modelo de integración participativa que menciona Malandrino.

Y es que, Malandrino no es el único que piensa que Medellín se describe incorrectamente como ciudad, para Giraldo (2017), Medellín construyó un modelo de urbe durante las primeras cuatro décadas del siglo XX que ya está agotado. La ciudad se plantea y se describe como si ya estuviera hecha y hubiese logrado una endogeneidad virtuosa. El autor, a esta discordancia con la “Medellín real” atribuye “la complacencia, la distracción, el silencio de las dirigencias pública y privada de la ciudad debe acabar” (p. 8).

Por tanto, al hablar de la “Medellín real” no podemos centrarnos en los modelos de ciudad que desde las distintas alcaldías se han propuesto, ya que no tienen en consideración las problemáticas sociales y reales que el lugar presenta. Pero, ¿a qué se debe esto? Como se mencionaba con anterioridad, en muchas de las urbes alrededor del mundo el neoliberalismo se ha encargado de configurar el espacio público y Medellín no es ajena a ello. Los parques, centros comerciales, vías de tránsito y demás construcciones no están hechas ni pensadas para el disfrute y goce de sus ciudadanos. Gelacio, Martínez y Wolf (2019) plantean que las formas urbanas de renovación en la ciudad generan prácticas de desplazamiento y reubicación dirigidas a “construir obras que son necesarias para consolidar un escenario de competitividad neoliberal, destruyendo significados políticos de los territorios y sus moradores sin ninguna posibilidad de participación democrática de sus habitantes” (p. 530). En consecuencia, los moradores de las poblaciones de la ciudad ven violentados sus derechos. Estas personas son mayoritariamente de las zonas deprimidas de la ciudad, ya que ellos, los otros, “los que no hacen parte de la planificación neoliberal”, son excluidos y concentrados en áreas periféricas para que no interfieran con la imagen de la ciudad, para que no se vean “feos”.

Esta dinámica excluyente, pasa factura a los habitantes de calle de la ciudad, en tanto ellos hacen parte de ese otro que no participa de las dinámicas de generación de acumulación de capital. Para Borja (2003), la configuración socio-espacial no es solo una cuestión de distribución de espacios, sino que este movimiento se convierte en una suerte ideología que acarrea tanto la agorafobia como la xenofobia y la aporofobia por parte de esos ciudadanos de clases medias y medio-altas que hacen de la actividad económica dinamizadora en la que se mueve la ciudad.

Borja (2003) expone los resultados de estas dinámicas así:

La urbe rompe con la relación ciudad-ciudadano, transformándose así, cada vez más y a grandes pasos, en un lugar individualizante habitable solamente para aquellos con capacidades de pago, pues la ciudad fragmentada es “físicamente segregada, socialmente injusta, económica despilfarrada, culturalmente miserable y políticamente ingobernable” (p. 50).

De ahí que, en ese espacio ingobernable, las poblaciones vulnerables que viven en los barrios marginados de la ciudad están concentrados en un lugar específico donde no interfieren con las dinámicas de aquellos con capacidades de pago, es como si esas poblaciones pertenecieran a otra ciudad,

una ciudad que les da las espaldas y que invisibiliza aquellas cosas que no van acorde a los cambios y “desarrollos” de la actualidad, por ello, en esos lugares se crean identidades y prácticas propias, dentro de los territorios en los que han sido excluidos sus propias dinámicas de ciudad. Por ello, por estar presentes en los lugares de las personas que pueden participar de la economía citadina, los habitantes de calle de la ciudad de Medellín han sido considerados como una de las mayores “problemáticas” que presenta la tan afamada tacita de plata.

Según el COMPSE (2008), habitante de calle es cualquier persona que haga de la calle el escenario propio para su supervivencia y la de su familia, alternando la casa, la escuela y el trabajo en la calle. Por ello, muchos habitantes de calle tienen la capacidad de escoger el lugar de la ciudad en el cual se ubicarán, bien sea un parque, una construcción, una vía principal, etc. El habitante de calle desafía el discurso arrasador de la estética que debe tener una ciudad neoliberal, pues dentro de la escala social es el más pobre, además de que no se le puede confinar a un lugar determinado como a los habitantes de ciertas zonas periféricas de la ciudad. En consecuencia, al habitante de calle hacer presencia en lugares públicos, estéticos, para personas con una buena capacidad adquisitiva, rompe con el discurso neoliberal y genera una irrupción para mostrar esa “otra ciudad” que no es incluyente ni está cohesionada.

Lastimosamente, esta irrupción en el espacio público le pasa factura al habitante de calle, pues los moradores de la ciudad los ven como la antítesis de su ideal de ciudad y por tanto como un “problema” a resolver. Galeano y Vélez (1996) describen lo que representan los habitantes de calle para la ciudadanía de la siguiente forma:

El habitante de la calle representa para algunos pobladores de la ciudad, la degradación de la vida misma, los tachan de locos, delincuentes y agresores con lo que justifican sus reacciones frente a ellos; reacciones como el trato compasivo, agresivo o acusador y la exclusión, a veces materializada en el exterminio sistemático, que ejercen sobre ellos algunos “grupos de limpieza y justicia privada”; en el rechazo y prohibición de estar en ciertos lugares de donde son expulsados; en el desplazamiento permanente que tienen que hacer por las diferentes calles de la ciudad; en el maltrato físico; en las miradas y actitudes despectivas de los otros pobladores; en los insultos y la denominación de “desechables”, denominación que les atribuye un carácter de improductivos e innecesarios para la sociedad (p. 87).

Y es que este rechazo sistemático, orientado por la configuración neoliberal del espacio público en Medellín, está mediado también por la aporofobia (valor intrínseco de las personas que han interiorizado el modelo neoliberal en sus vidas), ya que el “pecado” del habitante de calle no es el hecho de permanecer en la calle, sino el de ser pobre, de que un pobre desposeído permanezca en la calle donde pueda ser visto. La teórica Adela Cortina (2017) lo explica de la siguiente forma:

La aporofobia es un tipo de rechazo peculiar, distinto de otro tipo de odio o rechazo, entre otras razones porque la pobreza involuntaria no es un rasgo de la identidad de las personas. Aunque es verdad que la identidad se negocia en diálogo con el entorno social, que no es estática, sino dinámica, la etnia o la raza, con todas las dificultades que supone precisarlas, son un ingrediente para configurarla [...] parece que la pobreza es desagradable, que el pobre plantea problemas y de algún modo contamina. Pero no sólo la pobreza económica, sino la de quien se encuentra desvalido y sin apoyos en una mala situación, la de quien es objeto de críticas, amenazas, desaires o burlas porque carece de poder. [...] Y es contra el que se dirigen los discursos de aversión y rechazo, incluso de odio, que se permiten lanzar los bien situados, seguidos siempre de sus lacayos. (pp. 42-55).

Con lo anterior, es preciso puntualizar que la aporofobia es un antivisor creado en consecuencia del sistema económico que rige en la actualidad. De ahí que el habitante de calle no esté solo en condición de vulnerabilidad por los riesgos que afronta diariamente al vivir en las calles sin comida y sin condiciones de higiene, sino que es maltratado por los “bien situados” y son negados a la ciudadanía de Medellín. Así pues, esta negación conlleva al desconocimiento y supresión de la identidad del otro, lo que se ve reflejado en las acciones que se han realizado desde las alcaldías de la ciudad, donde no tratan los “problemas” sino que los esconden, los maltratan y no se preocupan por generar una recuperación real de su ciudadanía con miras a la integración de esta población.

CONCLUSIÓN

Si bien los habitantes de calle de la ciudad de Medellín cuentan con centros como Centro día 1 y Centro día 2 para su “resocialización” y “reintegración” a

la ciudadanía medellinense, es claro que las políticas públicas dirigidas hacia esta población están determinadas por los valores neoliberales de producción y generación de renta como aspecto esencial para la aceptación de su humanidad, lo cual es contradictorio en tanto desde la gobernabilidad no se les entiende desde su ciudadanía particular, sino que se les imponen unas condiciones para la aceptación social. Además, es pertinente puntualizar que esta población en particular deja entrever la realidad de la ciudad en términos de integración cívica de sus ciudadanos, donde esto es lo último por lo que se está luchando. De ahí que el espacio público en la ciudad de Medellín se esté privatizado en tanto el aval para su acceso es el estrato o posición socio-económica en la que se encuentre el habitante que quiera disfrutar de él. Así que, la ciudad no es solo un lugar excluyente, sino que se presenta de forma hostil para las poblaciones más vulnerables, como lo son los habitantes de calle.

Así pues, la Política Pública Social que Medellín adoptó en el año 2015 mediante el acuerdo 24 de 2015 respecto de la atención que se les debe brindar a los habitantes de calle se ha visto contradicha en función de las campañas que han realizado las distintas alcaldías desde entonces. Muestra de ello, es la campaña que sacó la Alcaldía –del entonces alcalde–Federico Gutiérrez, llamada “Lo que hay detrás de una moneda” que consistía en no entregar limosnas a los habitantes de calle porque se financiaba el consumo de estupefacientes, lo que, si se cuestiona críticamente, no termina el problema de la mendicidad en las calles ni el de la adicción de algunos de los habitantes de calle.

No obstante, esta apreciación nos da un puntapié para lo que deben ser las políticas públicas futuras a favor de la integración y ayuda de todos los ciudadanos de la ciudad Medellín, donde verdaderamente se vele por una integración y cohesión social y no por un modelo individualizante que solo le sea beneficioso y amable a aquellas personas que se pueden permitir el tránsito por la ciudad. Es necesario preguntarse entonces por las construcciones y obras públicas de la administración municipal, si está en realidad trabaja en pro de la vida de sus ciudadanos, o si por el contrario en el afán de “recuperar la ciudad perdida” se adentró modelos de ciudad que, en vez de incluir, excluyen e invisibilizan (tanto de forma pasiva como activa) a las poblaciones más vulnerables, haciendo que estas se sientan como de otro lugar. ¿Para quién es Medellín?, no parece ser una ciudad para todos, apunta a ser un espacio para quienes son acordes al nuevo modelo de ciudad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.
2. COMPSE, (2008). *Políticas poblacionales para una ciudad diversa e incluyente*. pp.93-97. Medellín: Alcaldía de Medellín.
3. Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre*. (4a. ed.). Barcelona: Paidós
4. Galeano, M, Vélez, O. (1996). *La calle como forma de sobrevivencia: gaminismo, prostitución infantil y menor trabajador en el centro de Medellín*, Cámara de Comercio de Medellín, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y Consejería Presidencial para Antioquia. p. 87
5. Gelacio, J, Martínez, H, y Wolf, G. (2019). La ciudad como espacio urbano neoliberal— planteamientos sobre la planificación del territorio en la ciudad de Medellín. *El Ágora USB*, 19(2). 521-536.
6. Giraldo, J. (2017). *La fragilidad de Medellín* (Opinión). Región, conectado con la democracia. Recuperado de: <http://www.region.org.co/index.php/opinamos/item/252-opinion-la-fragilidad-de-medellin>
7. Janoschka, M y Sequera, J. (2012). Ciudadanía y espacio público en la era de la globalización neoliberal. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*. Vol. 188. (No. 755). Recuperado de: <https://www.raco.cat/index.php/QuadernseICA/article/view/317137/407206>
8. Malandrino, C. (2017). On the “Medellin Miracle” and the “Social Urbanism” Model. *The Guardian*. Recuperado de: <https://labgov.city/theurbanmedialab/on-the-medellin-miracle-and-the-social-urbanism-model>
9. Monreal, P. (2016). Ciudadanía y espacio público en la era de la globalización neoliberal. *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura*. Recuperado de: <https://leerlaciudadblog.files.wordpress.com/2016/05/sequera-y-janoschka-ciudadanc3ada-y-espacio-pc3bablico-en-la-era-de-la-globalizacic3b3n-neoliberal.pdf>
10. Montoya, N. (2014). Urbanismo social en Medellín: una aproximación desde la utilización estratégica de los derechos. *Estudios Políticos*. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 205-222.
11. Orueta, F y Seoane, M. (2013). Neoliberalismo, políticas urbanas y reconfiguración socio-espacial. *Quid 16*. 16(3). pp. 2-9. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5593338.pdf>